

Recensiones

Elsa Tamez, *Contra toda condena. La justificación por la fe desde los excluidos*. San José (Costa Rica): Editorial DEI (Colección Teología Latinoamericana), 1991, 196 páginas.

La doctrina de la justificación por la fe plantea un reto particular al teólogo latinoamericano, sobre todo —aunque no exclusivamente— al protestante, pues esta doctrina central de la teología paulina ha llevado, de hecho, a amplios sectores cristianos a una cierta desmovilización, de tono espiritualista, frente a la injusticia que impera en nuestro mundo. Con ello dicha doctrina deja de ser buena noticia para los pobres y discriminados —o deja de tener interés para toda persona concienciada y comprometida en el seguimiento de Jesús de Nazaret. Es en este contexto que la autora se propone “una relectura de la justificación por la fe desde la perspectiva latinoamericana” (p. 15). Partiendo, pues, de la realidad de pobreza, opresión, represión y lucha que experimentan amplios sectores de los pueblos latinoamericanos, y de su experiencia de Dios en esta situación, Tamez estudia “la justificación en el marco de la teología latinoamericana de la liberación” (*ibid.*). Consciente de que su acercamiento es “parcial” —todo análisis exegético se realiza siempre desde un lugar parcial (sólo la ingenuidad y poca capacidad de análisis crítico puede llevarnos a algunos teólogos del norte a pensar que nuestro lugar teológico no es también parcial, tan parcial que, a menudo, “aprimamos la verdad en la injusticia”, como indica Rm 1, 18)—, la autora escoge, con razón bíblica, como lugar teológico privilegiado de su análisis exegético, el pobre “oprimido y creyente”. Gracias a ello, la obra que presentamos nos ofrece una relectura actualizada y nada alienante de la doctrina clásica de la justificación por la fe, sin que por ello deje de ser fiel a los textos paulinos. A la vez, Tamez consigue una actualización de la noción de pecado —tan fundamental para poder comprender la doctrina de la justificación— que incorpora un aspecto tan fundamental como lo es el del “pecado estructural”. Por otro lado, el libro tiene también el mérito, en la línea de la exégesis moderna católica y protestante más seria, de mostrar, indirectamente, hasta qué punto la doctrina de la justificación que quiera ser fiel a Pablo no fundamenta hoy la división de las iglesias.

La obra está estructurada en tres capítulos. En el primero, la autora muestra en qué sentido hay que reformular hoy en América Latina la justificación por la

fe, teniendo en cuenta la realidad abrumadora de pobreza y discriminación que se palpa en este continente. Para ello se parte de una crítica a la concepción vulgarizada de dicha doctrina (sobre todo en el mundo protestante) que surgió en un contexto político, social (y religioso) muy distinto del actual (por ejemplo al hablar de la justificación del impío no se tenía en cuenta que el pecado más evidente podría llegar a ser el estructural). En el segundo capítulo, Tamez analiza los textos de las cartas auténticas de Pablo (sobre todo Romanos), situándolos en su contexto histórico y buscando descubrir en ellos nuevas luces que iluminen posibles sentidos liberadores de la justificación por la fe. Por último, en un tercer capítulo, la autora ofrece un ensayo de reconstrucción teológica de la doctrina de la justificación por la fe que tenga en cuenta los datos aportados por los capítulos anteriores. Se subrayan dos aspectos: (1) la justificación por la fe y la vida amenazada de los pobres, y (2) el don de ser sujetos de la historia como poder de la justificación por la fe. El capítulo concluye con unas precisiones, desde esta perspectiva, sobre el sentido del sacrificio de Cristo (como fin de los sacrificios humanos y de la ley que mata), sobre el juicio de Dios en favor de las víctimas inocentes y sobre el perdón liberador. En resumen, la obra es, como complemento a los estudios exegéticos y teológicos tradicionales sobre la justificación, un buen aporte, tanto por el lugar desde el que se reflexiona, como por conceder un lugar central en el acto justificador de Dios no sólo a la cruz de Cristo, sino también a su resurrección.

X. A.

Víctor Codina, *Parábolas de la mina y del lago. Teología desde la noche oscura*, Salamanca: Sígueme (Pedal, 202), 1990, 270 páginas.

Creo que la mejor presentación de este libro de Víctor Codina es la que el mismo autor hace en la página 9. Comienza con la parábola de la mina y concluye con la parábola del lago. Ambas parábolas tienen una nota común: la oscuridad. La mina es negra, y la frustrada pesca en el lago aconteció durante la noche. La nocturnidad ha dejado de ser una metáfora exclusiva de la mística carmelitana para convertirse en el *cantus firmus* del tercer mundo, de América Latina. Desde la oscuridad se intenta reflexionar, hacer teología, salir de la mina, esperar la aurora.

Todas estas reflexiones han surgido entre 1984 y 1988 en el altiplano boliviano, concretamente en la zona minera de Oruro, a 3,700 metros, cielo azul, sol deslumbrante, noches frías. Su común denominador es la dura realidad del sufrimiento del pueblo. Desde el abismo de la noche oscura se clama al Dios de la vida, nace con fuerza la necesidad de liberarse de los dioses de la muerte. En esta situación brota una nueva espiritualidad, que está en la base de la teología latinoamericana de la liberación, teología necesariamente conflictiva e incomprensible para quienes no viven en la noche oscura.

Pero, paradójicamente, la noche es luminosa, y de los infiernos del dolor, resurge la esperanza, nace una nueva experiencia espiritual, aparece con claridad la exigencia de una teología más simbólica, poética y popular, al imperativo de una nueva evangelización. Al salir de la mina, se resucita a la vida y en la orilla del lago, al amanecer, nos espera Alguien.

Hasta aquí la presentación que hace el mismo Víctor Codina de sus reflexiones. Creo que son reflexiones que trascienden las situaciones de la realidad boliviana y se convierten en iluminadoras de otras muchas realidades de los pueblos oprimidos del llamado tercer mundo. En estos pueblos se vive en una casi perpetua oscuridad; y sin embargo, siempre la esperanza está en el horizonte, una esperanza de que por algún lado y de algún modo ha de surgir la luz y la vida. Es esta la manera de vivir el misterio cristiano de la muerte y de la resurrección.

Libro, pues, de una espiritualidad muy encarnada; y encarnada en el mundo que constituye la mayoría, el de los pobres y oprimidos, que están en la más profunda oscuridad y al mismo tiempo buscan la luz. En medio de la oscuridad del entorno, el libro respira esperanza de que esa luz la podemos hacer llegar entre todos.

R. S.

Paul E. Sigmund. *Liberation Theology at the Crossroads: Democracy or Revolution?* New York y Oxford: Oxford University Press, 1990, 257 páginas.

Paul Sigmund, profesor de ciencias políticas en la universidad de Princeton (Estados Unidos), tiene interés especial en América Latina y en el papel de la Iglesia en el continente. Este libro —dedicado a I. Ellacuría— entra en la lista de los escritos por norteamericanos en los últimos años.

Veamos algunos de los nombres que forman esta lista. Incluye a Arthur Mc Govern cuyo *Liberation Theology and Its Critics* (Maryknoll, New York: Orbis, 1989) ofrece una excelente visión de conjunto. Alfred Hennelly ha editado una historia documentada, *Liberation Theology: A Documentary History* (Maryknoll, New York: Orbis, 1990), que muchos consideran "imprescindible" para anglo-parlantes. Roger Haight, en su *An Alternative Vision: An Interpretation of Liberation Theology* (New York: Paulist Press, 1985) ha escrito una admirable síntesis que pretende ser válida más allá de América Latina. Por medio de su libro *Liberation Theology* (New York: Pantheon, 1987), Phillip Berryman introduce la teología latinoamericana en una audiencia que conoce poco de la teología o de la realidad latinoamericana. Mientras que estos cuatro autores escriben con sensibilidad y simpatía hacia la teología de la liberación, Michael Novak, en *Will It Liberate?* (New York: Paulist Press, 1986) la critica desde la perspectiva neo-conservadora.

El libro de Sigmund se distingue de estos autores. Demuestra un dominio impresionante, y comparable al de los demás libros mencionados, de la literatura de los últimos veinticinco años sobre la teología latinoamericana y de la historia de la Iglesia y sus conflictos durante esta época. Sigmund, un científico político (como lo es McGovern también), conoce a fondo, por una parte, la tradición cristiana y católica sobre la vida política, económica y social y, por otra, la realidad actual del continente latinoamericano. Muestra de ello son sus libros sobre el pensamiento social de Tomás de Aquino, el derecho natural, la política de Chile y la caída de Allende. Como científico político, Sigmund tiene un enfoque menos teológico-teórico y más práctico, que los demás comentaristas, o, por lo menos, que los simpatizantes: se preocupa por las implicaciones políticas de la teología de la liberación.

La tesis de *Liberation Theology at the Crossroads* es la siguiente: (1) durante los primeros años de la teología de la liberación, sus representantes principales optaron por una revolución social en la línea de un socialismo poco definido. Esta opción partía de la realidad condicionada por la teoría de la dependencia y tenía presentes ciertos postulados marxistas, como la lucha de clases. Los escritos dejaban ver mucho análisis político y relativamente poca teología. (2) En los últimos años, los teólogos han profundizado su reflexión teológica, especialmente bíblica y en el campo de la espiritualidad. Se ha matizado el uso de conceptos marxistas y las llamadas a la praxis revolucionaria contra el capitalismo estructural. Al mismo tiempo, se ha profundizado un tema ya presente en el período anterior (especialmente en G. Gutiérrez): la idea de que los pobres tienen que ser los sujetos activos que participan en la construcción de un mundo nuevo (el autor ve en esta tesis una tendencia profunda de la teología de la liberación en favor de la democracia).

De ahí, el subtítulo curioso de este libro —“¿Democracia o revolución?”—, disyuntiva que refleja la postura política del autor. A Sigmund le sorprende que, a pesar de que se vuelvan aparentemente más críticos del marxismo, los teólogos persistan en su oposición firme al capitalismo. Sigmund cree que la insistencia en la participación y el protagonismo de los pobres implica no sólo una opción en favor de la democracia, sino también la aceptación de un capitalismo reformado, estilo democristiano. No cae en la cuenta de que a su pregunta disyuntiva “¿Revolución o democracia?”, posiblemente los teólogos de la liberación le contestaran “¡Revolución y democracia!” y le aconsejarían “paciencia”, porque las formas de una economía alternativa del futuro siguen, en gran parte, imprevisibles todavía.

Pero los teólogos de la liberación no serán los únicos, ni quizás los principales, que leerán *Liberation Theology at the Crossroads*. El libro habla el idioma de la política, y, aunque sofisticado teológicamente, es accesible (como lo es el libro de Berryman) a personas poco familiarizadas con la Iglesia y la

teología. Por esto, por su contenido y por las razones arriba mencionadas, el libro de Sigmund está destinado a encontrarse en los escritorios de las embajadas de Estados Unidos por todo el continente.

D. B.

Theologien der Dritten Welt. EATWOT als Herausforderung westlicher Theologie und Kirche, ed. Giancarlo Collet. Immensee: *Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft* (Supplementa, XXXVII), 1990, 359 páginas.

Presento el suplemento a la *Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft*, dedicado a las teologías del tercer mundo. Se trata de una obra, escrita en colaboración, de los siguientes autores: Josef Amstutz, Otto Bischofberger, Arnulf Camps, Giancarlo Collet (es el responsable del conjunto), Georg Evers, Fritz Frei, Fritz Kollbrunner, Karl J. Rivinius; todos ellos doctores.

Tras una introducción y las abreviaturas, seis capítulos componen el conjunto de la obra. En el primero, dos artículos nos presentan el punto de partida, en el que se habla del despertar del tercer mundo como sujeto en la política mundial y del reto creciente que esto supone para la independencia y autenticidad de la Iglesia. El segundo capítulo trata sobre las teologías del tercer mundo, presentando una panorámica histórica de su desarrollo. Está dividido en tres apartados: uno, sobre el camino que está recorriendo la teología africana; otro, sobre la teología en Asia; un último, sobre la historia de la teología en América Latina. Se dedica, a continuación, un tercer capítulo a describir las teorías que explican la pluralización de la Iglesia y de la teología (la acomodación, la teología contextual y la inculturación). Viene luego un cuarto capítulo sobre la reunión ecuménica de los teólogos del tercer mundo (EATWOT), en el cual, tras tratar en dos capítulos las diferentes reuniones de EATWOT y los documentos surgidos por consenso en ellas, se pone un excursus sobre el potencial de liberación que se encuentra en las religiones orientales. El penúltimo capítulo, el quinto, reflexiona sobre el cristianismo europeo y su relación con el desarrollo de las teologías del tercer mundo, para acabar, en el capítulo sexto, con una toma de postura europea frente a los teólogos de EATWOT. Completan el volumen unos excelentes y exhaustivos índices (de nombres propios y de materias) y un registro de los autores que han colaborado en la publicación.

R. S.

AMERICA (1492-1992). Contribuciones a un Centenario, ed. José Joaquín Alemany, Madrid: Universidad Pontificia Comillas (Estudios, 42), 1988, 607 páginas.

“Contribuciones a un Centenario” se sitúa en la línea de colaborar a un examen ecuaníme de los hechos que comenzaron en aquel año de 1492 y llegan

hasta el año próximo, cuando se celebre su centenario. Así lo manifiesta su editor, Alemany. En cierto sentido, ello hace difícil su recensión, porque los quince capítulos de la obra cubren cinco siglos y al mismo tiempo lo hacen volcando su mirada sobre períodos muy dispares, sobre temas muy especializados y sobre aportes muy disímiles, que no permiten abordar ni una mirada de conjunto ni el riesgo de una opinión sobre “las ambigüedades y disparidad de puntos de vista” que el editor reconoce como inevitables al acercarse a este centenario.

Este, sin embargo, ha sido el discernimiento que ha llevado a entregarnos estas “contribuciones”. Y sobre este discernimiento cabe, al principio de la recensión, un primer enunciado apreciativo. Con este libro aprendemos historia y obtenemos visiones particulares sobre algo de lo que han sido estos quinientos años. Es de lamentar, sin embargo, que no haya, ni a modo de prólogo ni de epílogo, un intento de embarcarse en la valoración del modo como, de hecho, se va a celebrar el centenario, tanto de parte del Estado español como de parte de la Iglesia católica.

Desde el punto de vista español, a nuestro modesto entender, el capítulo más importante es el primero, de Gonzalo Higuera, sobre “La conquista de América, el derecho internacional y los derechos humanos”. El estudio de Vitoria, de toda la Escuela de Salamanca, de su contribución a la creación del derecho internacional y de su labor pionera en la pre-formulación de los derechos humanos es indiscutiblemente valioso. Nada fundamental añaden los capítulos posteriores de Baciero y de Laboa-Almandoz. Pero, desde el punto de vista del continente conquistado, sobre todo de sus habitantes descendientes de los indios y de los afros, es evidente que, por mucho que Vitoria haya contribuido al derecho internacional, no se estudia a fondo qué pasó realmente en la conquista, antes de que, después de ella y tomándola como un *fait accompli*, se aprovechara para intentar contribuir a un futuro mejor de la humanidad futura. Nada hay en estos tres capítulos, variaciones sobre un mismo tema, que se pueda comparar al estudio de Pedro Trigo sobre la “teología patética” de José de Acosta en *De Procuranda Indorum Salute*, fruto de la tercera generación de la Escuela de Salamanca, que Vitoria inició. En ese estudio se abordan precisamente las contradicciones entre fraternidad y paternidad, europeísmo etnocentrista e inculturación respetuosa, praxis evangélica e ideología occidentalista que los tres capítulos de “Contribuciones a un centenario” evaden (véase el número 20 de esta revista).

La misma ecuanimidad en demasía respira el capítulo dedicado a la “Actitud de la Iglesia en los países de expresión española en torno a la independencia”, de José María Díaz Moreno. No pedir a la Iglesia —se trate del Vaticano, de los obispos contemporáneos a la independencia, etc.— actitudes de hoy por el temor de caer en anacronismos injustos, así como tratar de “prudencia y eficacia”

admirables el proceso que va desde la estigmatización del movimiento independentista por Pío VII hasta su reconocimiento por Gregorio XVI, equivale a tomar, con los eternos “retrasos” a que la iglesia nos tiene acostumbrados en sus intentos de tomar el tren de la historia, una actitud demasiado poco evangélica.

Capítulos excelentes, como contribuciones históricas a temas concretos, son los que Angel Santos Hernández y Manuel Revuelta dedican a la acción misionera de los jesuitas, en la colonia, en América Meridional, el primero; y, el segundo, en América y Filipinas durante el siglo XIX, ya durante la Independencia en la mayoría de los casos, exceptuando Cuba y Filipinas.

De otro orden son los capítulos en que el punto de vista español deja de ser “monólogo” y “se hace diálogo” —dos nada más, según el editor, por dificultades prácticas. Juan Luis Segundo profundiza en uno de sus temas teológicos preferidos: hasta dónde ha habido evangelización en el continente conquistado. Su tesis de que tanto el conservadurismo con que los indios intentaron mantener sus religiones bajo el ropaje cristiano como el conservadurismo con que los criollos y mestizos intentaron contraponer un cristianismo hispano importado —no apegado a los principios evangelizadores (anunciar el núcleo esencial de la fe, hacerlo como buena noticia y desarrollar la evangelización de manera que nunca deje de apegarse a aquel núcleo)—, han obstaculizado, hasta la teología de la liberación, una verdadera evangelización, es provocadora. El jesuita uruguayo nunca escribe sin abrir nuevas fronteras. Ronaldo Muñoz, al describirnos la figura de “santo, pastor, profeta y teólogo” del ya fallecido obispo chileno Enrique Alvear, nos entrega un paradigma de auténtica evangelización nueva. El único capítulo que se emparenta a la perspectiva desde la que tratan el tema estos dos “contribuyentes” latinoamericanos de la obra es el de Antonio Blanch, en su magnífico acercamiento a Miguel Angel Asturias cuando trata del “Factor Religioso en la novela indigenista ‘Hombres de maíz’”.

Son muy de agradecer los capítulos sobre la proyección iberoamericana de la Universidad de Comillas (Francisco Javier Baeza) y sobre la bibliografía de la teología de la liberación (Alemany-Barbero).

En definitiva, no hablar de la problemática alrededor del “descubrimiento” (“encubrimiento”, diría Ignacio Ellacuría) o, como sí lo hace Juan Luis Segundo, del “encuentro” o “desencuentro” entre dos culturas, ni hablar como se ha atrevido a hacerlo *Cristianismo i Justicia* (jesuitas de Cataluña) de las formas de celebrar este centenario, alternativas a las oficiales, es un déficit de la obra que recensionamos y a la que no le negamos ni erudición ni seriedad científica ni buenas intenciones.

J. H. P.

Leonardo Boff, *A Santíssima Trindade é a melhor comunidade*. São Paulo: Vozes, 1988, 183 páginas.

En el año 1986, Leonardo Boff publicaba, editada también por Vozes, la obra *A Trindade, a Sociedade e a Libertação*. El mismo autor reconoce que dicha obra no estaba escrita con un lenguaje apto para la mayoría de los posibles lectores: éste era quizás demasiado técnico y elevado. La inquietud producida por ello en Leonardo Boff es la que ha dado como fruto, dos años después, el libro que ahora estoy presentando. Efectivamente, el autor ha hecho un gran esfuerzo —lleno de éxito, diría yo— por hacer asequible a mucha más gente el libro anterior; y esto, creo, sin perder la seriedad científica y la profundidad de dicho libro.

Pero la primera pregunta que se nos plantea, y que el mismo autor se plantea, es por qué resulta tan importante que un libro sobre un tema aparentemente muy elevado y abstracto sea puesto al alcance de una mayoría. El autor lo justifica al principio diciendo que, según como se entienda, la concepción trinitaria de Dios es “tan revolucionaria para la sociedad, para la Iglesia y para la auto-comprensión de la persona” que, precisamente por ello, vale la pena difundirla de esta forma más popular y más universalmente comprensible.

Boff plantea la gran interrelación que hay entre la concepción que se tiene de Dios y el modo de vida que se lleva personal y socialmente. Un estilo de vida fraternal y comunitario ayuda a comprender mejor cómo es y actúa Dios. Una mejor comprensión de cómo es y de cómo actúa Dios interpela y ayuda a los seres humanos a autocomprenderse mejor y a descubrir cuál es la actuación que los hace más humanos. Es por este motivo que importaba mucho poder llegar a transmitir a un círculo más amplio de gente del que está formado por los teólogos profesionales este mensaje y esta reflexión teológica sobre la trinidad, sobre el Dios-comunión y sobre la gran comunidad que es la Santísima Trinidad.

Tras una clarificación y una introducción del autor, en las que explica fundamentalmente lo anterior, Boff divide el libro en diez grandes partes, cuyos títulos son ya suficientemente significativos. Veámoslos: en el principio está la comunión de Tres y no la soledad de Uno; el proceso de la revelación de la Santísima Trinidad; la razón humana y la Santísima Trinidad; la imaginación humana y la Santísima Trinidad; lo que es la Santísima Trinidad: la comunión de vida y de amor entre los Tres divinos; la comunión de la Trinidad: crítica e inspiración para la sociedad y para la Iglesia; la persona del Padre: misterio de ternura; la persona del Hijo: misterio de comunicación y principio de libertad; la persona del Espíritu Santo: misterio de amor e irrupción de lo nuevo; y la Trinidad en el cielo y la Trinidad en la tierra: la historia interna de la Trinidad reflejada en la historia externa de la creación.

Cada una de estas diez partes las divide el autor en algunos breves apartados (de una a dos páginas cada uno), en forma de reflexión teológica cercana a la meditación. El total de estos breves apartados es de cincuenta y seis. Son un excelente complemento del libro la conclusión o resumen de la doctrina trinitaria, en forma de diecisiete sencillas tesis, y un pequeño diccionario final de palabras técnicas referentes a la reflexión trinitaria.

R. S.

Víctor Codina, *Para comprender la eclesiología desde América Latina*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1990, 132 páginas.

Nos encontramos aquí con un excelente volumen sobre eclesiología, que reúne las características comunes que tiene esta colección de la editorial Verbo Divino: sentido pedagógico, excelente presentación, una bibliografía selecta y accesible, claridad y esfuerzo por sintetizar en pocas páginas lo esencial de la materia que se estudia. Todas estas cualidades se pueden atribuir al libro de Codina.

Se trata de una eclesiología hecha desde y para los pobres, con lo cual se enraiza dentro de la tradición de la teología de la liberación y se abre a un diálogo con las eclesiologías europeas, tanto con la más tradicional como con la progresista y renovadora. Codina no esconde su postura ni sus críticas. La teología progresista recoge lo mejor de la tradición patristica, de las investigaciones históricas y de la renovación teológica generada en torno al Vaticano II. En cambio, mantiene como sujeto interlocutor al hombre burgués, ilustrado y secularizado de las sociedades del primer mundo. Esto determina la forma de enfocar y de estructurar los temas y problemas eclesiológicos. Se trata de una eclesiología ilustrada, que se plantea el diálogo con la modernidad sin ver el reverso de esa misma modernidad e ilustración: el de los pobres y desposeídos del tercer mundo. El problema, para Codina, no está en cómo hacer teología después de Auschwitz, sino en cómo hacer teología desde un Auschwitz que es actual y que se llaman las grandes mayorías desposeídas y hambrientas del tercer mundo.

Esta disparidad de enfoques y de intereses determina la hermenéutica histórica y la exégesis. Codina desarrolla el esquema clásico de eclesiología bíblica, evolución histórica, Vaticano II y eclesiología latinoamericana de la liberación, para acabar con una reflexión sintética que es complementaria y clarificadora de la introducción metodológica. En el recorrido histórico se advierten las opciones de fondo: la Iglesia como misterio se estudia en relación con las estructuras de comunión que se fundamentan en el Nuevo Testamento y se construyen en la era patristica. La eclesiología medieval ofrece el marco para analizar el desarrollo de la estructura ministerial, los movimientos laicales y

carismáticos, que llevan a la reforma y contra-reforma, y las relaciones Iglesia y sociedad. La eclesiología del Vaticano I se integra en las coordenadas del nacimiento del mundo moderno. Se analiza luego la lenta gestación del Vaticano II, el cambio de modelo eclesial que genera, y la significación de este concilio, quizás el último europeo y también el primero de un catolicismo verdaderamente mundial. Estas reflexiones acaban lógicamente en Medellín y Puebla, que culminan el desarrollo eclesiológico y constituyen la versión actualizada del Vaticano II para América Latina.

Desde ahí, Codina pasa a contrastar los tres modelos de eclesiología hoy vigente y a hacer un análisis crítico de ellos, buscando sus claves de fondo y estudiando el problema del relativismo que subyace a la pluralidad de paradigmas eclesiológicos. Son reflexiones lúcidas, y en general, muy acertadas. Quizás como limitación y como crítica apuntaría a que se valora poco la posibilidad de pasar de una eclesiología progresista europea a la liberadora que él defiende, y que al mismo tiempo la crítica que se hace a la eclesiología liberadora es más la que se le hace desde Europa que una que se podría y debería hacer desde dentro de la teología de la liberación y desde los presupuestos que se patrocinan.

Por lo demás insisto en que se trata de un estudio excelente. Muy recomendable para comunidades y cristianos de un nivel cultural medio. Se recogen muy bien las diversas corrientes y se ofrece una visión sintética muy lograda de las distintas teologías y de los resultados a los que ha llegado la teología bíblica, histórica y sistemática en lo concerniente a la eclesiología. El estilo ameno, comprometido y dialogante hace que el libro supere el discurso académico y racionalista, tan usual en la teología dogmática, y que se lea con gusto. En resumen, un libro a tener en cuenta.

J. A. E.

José María Castillo, *Teología para comunidades*. Madrid: Ediciones Paulinas (Biblioteca de Teología, 4), 1990, 422 páginas.

Al leer el título del nuevo libro de José María Castillo, quizás alguien pueda pensar que se trata de una reflexión teológica sobre las comunidades cristianas. La preposición utilizada en el título, "para", deja bien claro que no es así. Como dice el autor en la introducción, su intención es "ofrecer un material de reflexión y estudio a los grupos y comunidades de cristianos que hoy pululan por todas partes".

Creo que la lectura del libro que estoy presentando le convence a uno de que el autor ha sabido plasmar en él, de un modo muy pedagógico y claro, el mensaje central de la fe cristiana, tratado de un modo reflexivo, y puede contribuir así a que las comunidades cristianas tengan a la mano un buen material teológico que las ayude a profundizar en su fe y en su vida de creyentes en Jesús.

Por otra parte, como dice Castillo, al ofrecer este material, lo hace con una actitud de servicio a las comunidades que tanto necesitan de una formación teológica de su fe y que cuando se reúnen para compartir su fe y su vida cristianas se sienten con grandes lagunas; lagunas que en parte viene a llenar el libro que estoy presentando.

José María Castillo intenta hacer un resumen o, mejor dicho, una selección de temas que ayude a las comunidades en su caminar. Empieza por el Antiguo Testamento, insistiendo en aquello que puede ayudar a comprender mejor el inicio de la historia de la salvación: la promesa, el éxodo, la alianza, los profetas y las grandes síntesis o lecciones que se pueden sacar del conjunto de la historia del pueblo de Dios.

Pasa a continuación, como dice él en la introducción, a "sintetizar una especie de cristología fundamental"; trata, en consecuencia, los siguientes temas: Jesús y el evangelio, el proyecto de Jesús, la tarea o misión de Jesús, Jesús ante las diferentes realidades y grupos de su tiempo (la ley, la familia, el templo, el sacerdocio, los marginados), la fidelidad de Jesús al Padre que lo lleva a la muerte y a la resurrección, el misterio de la humanidad y la divinidad de Jesús y, finalmente, Jesús como revelación del Padre.

La siguiente parte la dedica a la eclesiología y a los sacramentos. Habla de la Iglesia para decir qué es, para qué sirve y cuál es su estructura y organización. De los sacramentos, estudia los tres de la iniciación cristiana y sus implicaciones para la vida del creyente: el bautismo, la confirmación y la eucaristía.

Acaba su material con varios temas relacionados todos ellos con la vida cristiana: "Las bienaventuranzas como programa básico de la vida del creyente; el seguimiento de Jesús como exigencia fundamental de los cristianos; el discernimiento para encontrar la voluntad de Dios; la oración, hoy más necesaria que nunca; el compromiso socio-político; y la esperanza ultramundana".

Como se ve, muchos de los temas tratados en este libro nos pueden resultar muy familiares; los reconocemos como temas ya aparecidos en otros estudios y obras del mismo autor. Creo, sin embargo, que la empresa que se proponía Castillo no era algo intrascendente y que el resultado obtenido no es sencillamente una repetición del contenido de sus anteriores libros. Mi opinión es que ha sabido sintetizar, resumir y poner al alcance de un público no especializado sus sugerentes reflexiones teológicas sobre casi todos los temas que componen la fe y la vida de los cristianos.

Quiero acabar felicitando al P. José María Castillo porque, a pesar de las malas interpretaciones y sospechas de que ha sido objeto, sobre todo por parte de la jerarquía eclesiástica, no ha perdido el ánimo y el vigor cristianos que le han seguido dando fuerzas para ofrecer frutos como este libro, que, sin duda, será de gran provecho para las comunidades cristianas y para todos aquellos que

quieran reflexionar y profundizar sobre su fe y sobre las implicaciones que ésta tiene para la vida del creyente.

R. S.

L'Eglise Desmantelée, ed. Réginald Dumont. Bruxelles: Editions EPO, 1990, 155 páginas.

“El Desmantelamiento de la Iglesia” (no sabemos si existe ya traducción española de esta obra testimonial, escrita bajo la dirección del sacerdote belga valón Réginald Dumont) es un libro angustioso, un grito de alerta sobre el endurecimiento de la política eclesial del papa Juan Pablo II y de sus ejecutores de la curia vaticana, así como de otros episcopados, nacionales o continentales. Por el momento, las numerosas instancias de rigidez e intransigencia doctrinal y organizativa de que los trece años de este papado han ido mostrando señales año tras año.

El autor —mejor sería llamarlo compilador— trabaja en gran parte sobre su propia experiencia, tanto cuando habla —en la primera parte del libro— de América Latina, como cuando habla —en la segunda— del espacio eclesial europeo de lengua francesa (Bélgica valona y Francia). En el resto de sus compilaciones —sobre Alemania, Austria, Italia, España y Estados Unidos— parece descansar más sobre documentos y revistas, así como en el acceso a personalidades que han protagonizado los acontecimientos.

El *Postfacio* lo escribe el obispo de Evreux, monseñor Jacques Gaillot. Le habían pedido una palabra final, que él rechaza, refiriéndose a la parábola del trigo y la mala hierba y al hecho consecuente de que en la historia —y por consiguiente en la historia de la Iglesia— no habrá palabra “final” hasta que Jesucristo regrese para juzgar a vivos y muertos. Lo que quiere decir es que, a pesar de la realidad —que él confirma— de escándalos tremendos en la actual Iglesia, de parte del autoritarismo de la jerarquía y de su excesivo romanismo —escándalos que deben ser corregidos de inmediato—, hay que desconfiar de generalizaciones que harían —esta vez desde la izquierda eclesial— “profetas de la catástrofe”.

Las páginas del libro desgranar dolorosamente los intentos curiales de Roma de desnaturalizar la Iglesia latinoamericana que en Medellín (1968) tradujo el Vaticano II, inculturándolo con audacia y provocando ya en 1969 la fría cólera del Informe Rockefeller, prolongado once años después en el primero de los documentos de Santa Fe y reforzado en el segundo de ellos quince años después —Rockefeller escribió para el presidente Nixon y Santa Fe para el presidente Reagan en sus dos períodos. Brasil (confinamiento del presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña a una diócesis extremadamente alejada de las comunicaciones, la división de la arquidiócesis Paulista del cardenal Arns, los

reproches curiales a diez de los obispos más entregados a la causa de los pobres y más amenazados en sus vidas, entre ellos Pedro Casaldáliga); El Salvador (nombramiento de obispos extranjeros, uno del *Opus Dei*); Nicaragua (todo el terrible drama de la visita del Papa); Perú (la multiplicación de los obispos conservadores del *Opus Dei* y jesuitas); Chile (el sutil cambio de dirección en la famosa "Vicaría de la solidaridad"); Haití (el tremendo caso de incomprensión con el P. Aristide, hoy presidente del país); Colombia y Argentina, con sus episcopados globalmente en pacto con las dictaduras (explícitos o implícitos); el ataque a la CLAR y a su proyecto "Palabra y Vida": todo ello circula, junto, por supuesto, con el más sonado de todos, el caso de Leonardo Boff, por las páginas de este libro veraz, y por eso, estremecedor.

No sabe uno, sin embargo, si no es más doloroso aún el via crucis reseñado respecto de las iglesias europea y norteamericana, responsables en no poca proporción, junto con Juan XXIII, del giro de esperanza del Vaticano II. Son importantes los casos de autoritarismo en el nombramiento de obispos (los más notables, en Colonia y Viena, así como el cambio de signo de casi todo el episcopado holandés). Más importantes, sin embargo, parecen las reseñas de la intolerancia de Roma respecto del papel de los teólogos. La reducción de éstos a "la posibilidad de una colaboración (con los obispos, únicos maestros de la fe) estricta, fiel y respetuosa" (Juan Pablo II a la 32 asamblea de los obispos de Italia) parece, en verdad, ir a contrapelo de que muchos de los grandes doctores de la iglesia, desde Tertuliano a Anselmo y sobre todo Tomás de Aquino, Catalina de Siena, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Alfonso María de Liguorio, etc., llegando hasta Karl Rahner, nunca fueron obispos. En este punto, produce esperanza el final del silencio de miles de laicos franceses que en 1989 cuestionaron en París, continuando una iniciativa de la revista *Témoignage Chrétien*, la impresión generalizada de que la adhesión al Vaticano II estaría convirtiéndose en minoritaria en la Iglesia católica, como consecuencia del crecimiento del carismatismo y de los movimientos de las clases medias laicales (*Opus Dei*, *Communione e Liberazione*, *Schönstadt*, etc.).

Lo más importante, para terminar, de esta segunda parte del libro, es que, destacando mucho la problemática de la decreciente adhesión a la doctrina de los dos últimos papas sobre la moral sexual y la bioética, se destaca aún más que también en el primer mundo la angustia católica mayor es que las palabras sobre la opción de los pobres y sobre la defensa de los derechos humanos sean verdad sólo verbalmente, pero no se lleven a la práctica tan consecuentemente como para romper la alianza del Vaticano con los poderes de este mundo y como para hacer que la dignidad, la libertad y la búsqueda de la verdad sean derechos en la Iglesia también, lo mismo que Juan Pablo II los exige de los estados.

J. H. P.

La Iglesia en Centroamérica. Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. Información y análisis, ed. Colectivo de Análisis de Iglesias en Centroamérica. México: Centro de estudios ecuménicos. 1989, 265 páginas.

Con cierta periodicidad, el Centro de estudios ecuménicos va publicando informes confeccionados por el Colectivo de Análisis de Iglesias de Centroamérica (CAICA). El presente abarca el estudio de la Iglesia católica en cuatro países del área: Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. Como se dice en la presentación del informe, aunque G. Bush haya relevado a Reagan, "se anuncia la continuidad de la guerra de *baja* intensidad en toda la región". Ante esto, los cuatro países claman, cada uno a su manera, por la paz; una paz que, sinceramente, se hace esperar.

La pregunta a la que intenta responder el informe es: ¿cuál es la situación y la actuación de la Iglesia en medio de aquellos conflictos? Responder, no es fácil. ¿Son tan diferentes las posturas de monseñor Romero y del cardenal Obando, de las comunidades eclesiales de base y de los movimientos espiritualistas dentro de la Iglesia católica, de las fuerzas progresistas y de las fuerzas involucionistas!

El informe intenta ser objetivo y no ocultar problemas. Quiere así contribuir a presentar la situación objetiva en este momento en que estamos a punto de recordar los quinientos años de la conquista de América. Quiere sobre todo ayudar a descubrir que estamos en un momento crucial de la historia de nuestros pueblos, un *kairós* en que la Iglesia puede ayudar de verdad a construir unas sociedades en las que la justicia y la fraternidad sean patentes, o un mundo en que sigan las desigualdades y las opresiones.

Los que han confeccionado el informe son conscientes de que de ningún modo han conseguido una obra perfecta y completa. Por esta razón piden a los lectores que den todas las sugerencias que se les ocurran y que hagan todas las correcciones que les parezcan para que así pueda ser elaborado un informe posterior más perfecto y objetivo. En todo caso, estamos, creo, ante un material muy valioso y que podrá ser de gran utilidad para conocer mejor la realidad de nuestros pueblos, de la actuación de la Iglesia en las situaciones conflictivas en que se vive y de los caminos a seguir para poder contribuir a un cambio para bien, en la línea del reino de Dios.

R. S.

Clodovis Boff. *A Via da Comunhão de Bens. A regra de Santo Agostinho comentada na perspectiva da Teologia da Libertação*. Petrópolis: Vozes (Coleção Espírito e Vida), 1988, 197 páginas.

Nos llega una nueva obra de Clodovis Boff que, como siempre ocurre en el caso de tal autor, resulta novedosa. Se trata de un comentario a la regla de san

Agustín, la regla para los siervos de Dios, desde la perspectiva de la teología de la liberación. Se debe decir, en primer lugar, que esto es algo totalmente legítimo, ya que, como es conocido, la teología de la liberación no es una teología que hace referencia a campos concretos de la reflexión sobre el hombre y Dios, sino que es un método que atañe a todos los campos de la vida cristiana, y por tanto, también al de la vida religiosa.

Como se sabe, la regla de San Agustín es la primera de todas las reglas que intentan normar la vida religiosa en occidente. En dicha regla se inspiraron otras muchas, tanto de familias femeninas como masculinas. De ahí que tenga tanta importancia un estudio como el que estoy presentando: se refiere no sólo a la misma regla, sino a numerosos grupos de vida religiosa inspirados en ella.

El estudio de Clodovis Boff comienza con una introducción general en la que el autor motiva su obra, haciendo ver, en primer lugar, lo importante que puede ser hacer una relectura hoy de la regla de san Agustín, una relectura desde el espíritu con que fue escrita, una relectura que haga descubrir sus aspectos liberadores, para la persona y para el conjunto de la sociedad. Hace ver también en la introducción las dificultades que presenta la regla de san Agustín para ser entendida hoy, entre las que menciona el arcaísmo del texto, su concisión y su aparente caída en el casuismo. Nota, sin embargo, que tales dificultades no son en absoluto insalvables. Acaba la introducción presentándonos brevemente al personaje san Agustín, su importancia en el conjunto del cristianismo, su itinerario espiritual y las circunstancias que rodearon a la escritura de su regla.

Tras la introducción general, se encuentra el texto original de la regla y su traducción al brasileño, en dos columnas. Para facilitar su lectura su comprensión y su comentario, Clodovis Boff ha ido poniendo títulos y subtítulos a los diferentes capítulos y apartados de la regla y ha dividido en partes los números más largos. Todo ello hace que se pueda seguir mucho mejor el comentario que el autor hace en la última parte de su estudio.

Al principio de cada uno de los ocho capítulos de la regla, Boff hace un pequeño comentario general a dicho capítulo, haciendo notar, por ejemplo, los puntos más novedosos, los más conflictivos, los más difíciles de entender desde nuestra mentalidad de hoy. A continuación, va haciendo el comentario más detallado a cada apartado de la regla. La metodología utilizada está puesta al servicio de las intenciones del autor. Para descubrir el mensaje del texto para nosotros hoy, insiste en la colocación del texto en el contexto histórico en que fue escrito. Enfatiza además, cuando le parece oportuno, algunos puntos o intuiciones más significativos para el contexto vivido por muchos países de opresión-liberación.

Dos anexos bien importantes completan el estudio hecho por Boff. Se trata de dos sermones (el 355 y el 356) cuyo tema es la vida y las costumbres en las comunidades de clérigos. Son dos sermones importantes porque son una cierta

traducción práctica de la regla y también porque son sermones muy citados en varios concilios (el de Cartago, 525; el de Aachen, 816; etc.) y documentos de la Iglesia, cuando se refieren a la vida de las comunidades religiosas.

Teniendo en cuenta la importancia y la inspiración que ha supuesto para muchas comunidades de vida religiosa la regla de san Agustín o la regla para los siervos de Dios, me parece una excelente idea el que Clodovis Boff haya querido llevar adelante la empresa de ayudar a releer dicha regla hoy y especialmente en lugares donde las mayorías populares viven empobrecidas y oprimidas y donde los hombres y mujeres consagrados en la vida religiosa afirman querer ponerse al servicio de la buena noticia del reino de Dios para los más pobres. Leída así, la regla de san Agustín se convierte en una fuente de inspiración para los religiosos y religiosas, en una fuente de auténtica liberación personal, comunitaria y social.

R. S.

Fragmentos de dos Evangelhos Apócrifos, ed. Lincoln Ramos. Petrópolis: Vozes (Coleção Bíblia Apócrifa), 1989, 212 páginas.

Cada vez se va descubriendo y notando la importancia mayor que tiene la literatura apócrifa para la mejor interpretación de los libros bíblicos. Por esta razón, van aumentando las editoriales que publican en idiomas más asequibles que los originales algunos de los libros apócrifos. Creo, sin duda, que se les debe felicitar por ello y animar a que continúen en esta empresa. Ahora, la Editorial Vozes ha comenzado también una colección de publicaciones a la que llama Biblia Apócrifa. Dentro de dicha colección, presento muy brevemente el pequeño volumen de fragmentos de los evangelios apócrifos.

En primer lugar, nos encontramos con una introducción general, aunque breve y sencilla, a los escritos apócrifos. A continuación, hay una primera parte dedicada a los evangelios apócrifos perdidos. El editor introduce cada uno de estos evangelios con un breve estudio sobre su lengua, su datación, su doctrina, su traducción, los escritos a partir de los cuales ha podido ser reconstruido, al menos en parte. Publica después los fragmentos encontrados o reconstruidos del evangelio en cuestión. En esta primera parte, los evangelios apócrifos de los que se habla son: el de los hebreos, el de los ebionitas o de los doce, el de los egipcios, el de las tradiciones de Matías, el copto de Tomé y el de Pedro. La segunda parte contiene fragmentos conservados en papiros, precedido cada uno de ellos por una introducción. También una introducción precede a los "ágrafos" o sentencias recogidos en la tercera parte. Se acaba con cincuenta páginas, que constituyen la cuarta y última parte del volumen, en las que se reúnen y estudian los fragmentos de los textos coptos.

Acabo volviendo a animar a la Editorial Vozes a que siga haciendo este tipo de publicaciones, que tanto pueden ayudar en el estudio a quienes quieran profundizar en la comprensión de los libros bíblicos.

R. S.

